

dián y mártir, fray Francisco Lorenzo, y el de su compañero fray Juan, para enterrarlos en su monasterio de Ezatlan, donde juntamente con otros mártires están sepultados. Como supieron los indios de las serranías, por donde el siervo de Cristo fray Francisco Lorenzo había predicado el Santo Evangelio, la muerte de su apóstol y predicador, fueron a pedir justicia de ella y a quejarse delante de los oidores, que solían residir en la ciudad de Compostela, ellos respondieron a la querrela, que uno de la dicha audiencia iría a hacer información de aquel caso y castigaría a los delincuentes, con todo rigor. Partió para este efecto el oidor Contreras con cien hombres españoles y cuatro mil indios cristianos, de los mismos que el santo fray Francisco había bautizado. Quedáronse los españoles en los llanos y vertientes de las sierras, por ser aquella tierra muy fragosa y áspera, y los indios subieron a lo más alto y dificultoso, porque sabían bien la tierra. Acorraláronlos de tal suerte a los enemigos, que a ninguno de ellos dejaron a vida, salvo ocho o nueve, los más principales de ellos, que trajeron vivo a los cuales el oidor mandó ahorcar para castigo ejemplar de los bárbaros y de toda aquella comarca. Serían como seiscientos los yocotecuanes que murieron y desde entonces quedó despoblada aquella su tierra.

Débase notar en estos discursos, entradas y predicación, que el santo fray Francisco Lorenzo hacía entre estos bárbaros chichimecas, que en el mismo ejercicio se ocupaban, y en él murieron los demás religiosos que ellos y los otros mataron; cuyas muertes con brevedad aquí se escriben, porque no hubo quien diese la relación, por extenso, de sus entradas y predicaciones como la pudo dar fray Miguel de Estiváliz de la predicación de fray Francisco Lorenzo, como testigo de vista y compañero de sus trabajos; de manera que esta historia del bienaventurado fray Francisco Lorenzo sirve de dar a entender a los lectores, en qué ocupaciones y ejercicios, y en qué estado tomó la muerte a los demás siervos de Dios, que en este libro decimos haber muerto a manos de chichimecas y de otros infieles.

CAPÍTULO VIII. *De otros religiosos que murieron por confesión de la fe y predicación de el Santo Evangelio*



RAY JUAN CERRATO, NATURAL DEL CONDADO de Niebla tomó el hábito en el convento de San Francisco de Mexico donde, desde los principios de su vocación, dio muestras de mucha virtud; y perseverando en ella fue tan amado de todos que cada uno de los religiosos deseaba su compañía; mas, puesto que de todos era amigo, su verdadera amistad tenía él colocada y puesta en Jesucristo. Esto nos enseña el mismo Dios<sup>1</sup> diciendo: buscad al Señor y su santa virtud con él, buscad siempre su cara; y a esto se llegan las palabras de San Basilio que dice: quien quiere gustar de verdadera amistad aprenda a amar dulce y suavemente a Cristo, porque Cristo

<sup>1</sup> 3. Paral. 16.

es verdadero amor; por el cual quiso desamparar este su aficionado siervo la compañía de sus queridos padres y hermanos e irse a las fronteras de los infieles chichimecas a procurar su conversión y salvación de sus almas. El asiento de esta su mudanza fue a lo de Xalisco, que entonces era custodia de esta provincia del Santo Evangelio, donde siendo guardián del monasterio de Tzapotlan pidió licencia a su custodio para entrar la tierra adentro a predicar a los infieles bárbaros de Zacatecas, llamados chichimecas. El custodio se la dio juntamente con su bendición, viendo el espíritu y fervor que tenía para semejante empresa. Anduvo algunos días fray Juan desbastando la rudeza de aquella gente; y habiendo traído algunos al conocimiento de su criador y al gremio de la santa iglesia católica, y estando entendiendo en su doctrina y administración de la palabra de Dios, los enemigos de la fe lo mataron dentro de la iglesia en un pueblo llamado Atotonilco, flechándole con grande inhumanidad y así dio el alma a quien se la dio, acabando esta vida mortal del cuerpo corruptible por martirio y fue a gozar de la inmortal y eterna.

Fray Pablo de Acevedo, sacerdote de nación portugués, tomó el hábito en la provincia de Santa Cruz, que es en la Isla Española que por otro nombre llaman de Santo Domingo y de allí, oída la fama de lo mucho que los religiosos servían a nuestro Señor en esta provincia del Santo Evangelio, mediante la conversión y administración de los indios, alcanzó licencia para venirse a ella. De su santo celo y aprobada vida dan testimonio los que le conocieron, diciendo que siempre se conoció de su conversación y religiosas costumbres ser muy siervo de Dios, celador de su honra y de la salud de las almas y muy afable y caritativo con todos; éstas son las cosas que amonesta San Pedro en su segunda canónica a los fieles diciendo: vivid la vida de manera que en vuestra fe se conozca virtud en la virtud, ciencia en la ciencia, la abstinencia en la abstinencia, paciencia en la paciencia, piedad en la piedad, amor, y en el amor caridad; y por tenerla este bendito religioso con las gentes que andaban perdidas y aún no conocían el día de su conversión y salud eterna que consistía en el conocimiento de Dios verdadero, andaba buscando ocasión de verse entre ellos, la cual le ofreció Dios como él deseaba, porque fue escogido y enviado por la obediencia con otros tres religiosos a la entrada que hizo el gobernador Francisco de Ibarra, del hábito de Santiago, en la Nueva Vizcaya, sobre la demanda de Copala en tiempo del virrey don Luis de Velasco, el Primero. Fue de mucho efecto la persona de fray Pablo en esta jornada, así para evitar daños y ofensas de nuestro Señor, que hicieron los soldados si él no se le estorbara con santas amonestaciones (las cuales ellos recibían de gana por la buena gracia que el Señor le había comunicado para tratar con todos) como en dar avisos y buenos consejos al gobernador, que como temeroso de Dios deseaba acertar en todo; y juntamente con esto, en lo principal, que era la conversión de los bárbaros infieles; donde se verificó lo que luego dice el mismo San Pedro,<sup>2</sup> diciendo: estas cosas dichas que os amonesto, como arriba quedan referidas, no os dejarán vacíos, ni sin fruto, en el conoci-

<sup>2</sup> 2. Petri.

miento de Jesucristo nuestro Señor; y así era, que respetando su persona por tanto bueno como en él veían, oían con afición lo que les amonestaba; y como los amaba con amor de hermano, obligábalos a todo lo que les decía. Después de haber trabajado con ellos por algún tiempo, estando en el pueblo que llaman Cinaloa, entendiendo en tan santa obra aquellos bárbaros ingratos y desconocidos lo mataron a flechazos, por causa de un mulato que era odioso a los indios; el cual, por saber bien su lengua de ellos servía algunas veces de intérprete a fray Pablo y trocaba las palabras y sentencia del religioso; de suerte que los puso en grande indignación contra él. Y como no vive más el leal de cuanto quiere el traidor, llegó a punto que los indios le perdieron el amor que le tenían y le convirtieron en odio mortal con que le aborrecían. Y estando fray Pablo inocente de este trato doble le vinieron a quitar la vida injustamente; mas no carecerá del premio en la gloria de sus fieles trabajos, porque acudiendo a sus obligaciones con la fidelidad que debía hizo cierta su vocación (como más abajo dice San Pedro),<sup>3</sup> porque sirviendo a estas gentes, sin ofensa de Dios y con caridad y amor de salvarlos (como ellos por su parte no lo estorbaran) le fue de mucha importancia esta mala paga, para serle administrada muy cumplidamente la entrada en el reino de los cielos.

Fray Juan de Herrera, lego, vino a esta Nueva España el año de 1541, en el número de doce religiosos que sacó de la provincia de Santiago, fray Jacobo de Testera para Quauhtemala, adonde los envió desde Mexico con el padre fray Toribio Motolinía, el año de 1542. Fray Toribio, llegado con ellos a Quauhtemala, envió desde allí cuatro a Yucatán, y entre ellos fue uno fray Juan de Herrera, aunque lego, fraile muy hábil y suficiente para predicar a los recién convertidos, como lo hizo allí en Yucatán, porque aprendió en breve la lengua de los indios, y tuvo escuela para enseñar a los niños y sacó muchos buenos discípulos, lectores, escribanos y cantores, como se dijo en otra parte. Al cabo de quince o pocos más años que se ocupó en este ejercicio, pareciéndole que en esta provincia del Santo Evangelio, por ser muy mucha la gente podría emplear con más fruto el buen talento que Dios le había comunicado, vino a Mexico cerca de los años de 1560 y estuvo algunos en esta provincia, trabajando con buen ejemplo en su oficio de lego, sirviendo a los sacerdotes religiosamente, porque eran ya muchos y había buenas lenguas y no era necesario que los legos les ayudasen en la doctrina de los indios. Ofrecióse en esta sazón la jornada arriba dicha que hizo el gobernador Francisco de Ibarra a tierra de chichimecas; y conocido el espíritu de fray Juan de Herrera y su buen celo, de entender en la conversión de los infieles, enviólo el prelado en compañía de fray Pablo de Acevedo y con él mismo hizo asiento en el pueblo de Cinaloa. Residía allí, como queda dicho, un mulato perverso y malo, por cuya causa mataron los indios a fray Pablo. Éste tenía cargo de cobrar de los indios los tributos que habían de dar a su amo; y sobre esta continua cobranza los molestaba mucho y maltrataba. Vista tanta vejación por los indios acordaron todos de conformidad matar al mulato; mas en vida de fray Pablo

<sup>3</sup> Div. Petri ubi supra.

no se atrevían, como veían que se servía de él, de intérprete y él les daba a entender que lo que les pedía o mandaba era con autoridad del religioso que era su guardián; pero teniendo ya muerto a fray Pablo, luego dieron tras el mulato y lo mataron en presencia de fray Juan de Herrera; y con esta muerte pagó los embustes que hacía y la ocasión que dio para que el dicho fray Pablo muriese. Y como un yerro suele ser causa de otro mayor no contentos estos encarnizados homicidas con el cometido en la muerte de fray Pablo, y luego la del mulato, y advirtiendo que viviendo fray Juan les quedaba testigo de sus atroces delitos, como si no lo quedara Dios por muy abonado de sus maldades, fueron de parecer que matasen también a fray Juan (puesto que estaban bien con él, pues él les hacía obras de verdadero padre) y así lo pusieron por obra y lo mataron; y mataron juntamente a todos los indios cristianos y amigos que habían llevado de otras partes para servicio de aquella iglesia y casa. Dejaron los cuerpos muertos en el campo y se acogieron a las sierras, donde estos indios chichimecas tienen su guarida. Sabido este hecho por los españoles de la comarca, fueron por los cuerpos para hacerlos enterrar, y halláronlos todos comidos de los coyotes o adives hasta los huesos (porque en aquellas partes hay multitud de ellos, que aun los cuerpos muertos suelen sacar de debajo de la tierra) y sólo el cuerpo del siervo de Dios, fray Pablo de Acevedo, hallaron entero, que no habían tocado en él estos animales; pero tan revenido y encogido que parecía cuerpo de algún niño, siendo hombre corpulento y de muchas carnes. Aquí pienso yo quiso nuestro Señor mostrar en esto que había guardado sin lesión, y entero, el cuerpo de su siervo fray Pablo para que se conociese por este modo su inocencia, la cual no estaba tan manifiesta como la de fray Juan de Herrera, por la ocasión que tomaron los indios de matarlo, creyendo que les era contrario y sustentaba las vejaciones del mulato, según él se lo daba a entender siendo falsísimo, porque fray Pablo era conocido por aficionadísimo a los indios y muy celoso de su defensa y amparo. Y como Dios ama a los suyos y no quiere que quede opinión ni sospecha de su buena vida y obras santas con que le han servido, ordenó por su particular providencia cómo hacer manifiesto lo contrario de lo que se les acomula; lo cual se vido en esta ocasión, en guardar este cuerpo de las bocas de estos animales, sin razón para que en dejarlo entero entre los otros comidos se conociese la particular voluntad de Dios con que se hacía; y que cuerpo así guardado del amparo de Dios no podía dejar de ser cosa suya, sin raspa, ni mancha, de lo que se le acumulaba.

Fray Francisco Doncel vino a esta Nueva España de la provincia de la Andalucía, donde tomó el hábito de religión. Con no ser antiguo en la tierra ni de mucha edad, por sus méritos y suficiencia lo hicieron guardián del convento de la Villa de San Felipe, que es poblada de españoles en la provincia de Mechoacan. Sucedió que hubo de ir a la ciudad de Mexico a tratar ciertos negocios con el virrey don Martín Enríquez, porque toda la confianza de aquella frontera pendía del cuidado de los frailes. Concluidos los negocios y volviendo para su monasterio, llegó a la villa de Salaya, donde tomó en su compañía a fray Pedro de Burgos, sacerdote anciano

y siervo de Dios que poco antes se había mudado de esta provincia del Santo Evangelio, donde tomó el hábito, a aquella de Mechoacan, con celo de ayudar a la conversión de los infieles que todavía perseveran en aquellas fronteras; porque en esta provincia todo está llano y puesto en estilo de cristiandad. Partieron estos religiosos, ambos juntos, de la misma villa de Salaya, para la de San Miguel; y al pasar de un portezuelo que llaman de Chamacuero, dieron sobre ellos unos indios chichimecas infieles, de los que aborrecen el nombre cristiano y con mucha crueldad los mataron con flechas. Aquí les cumplió Dios a entrambos sus deseos, muriendo a manos de aquellos enemigos de su santa ley pudiendo decir con la santa mártir de Cristo, Inés: lo que deseamos ya lo vemos, lo que esperábamos ya lo tenemos y confiamos de unirnos en el cielo, con aquel Señor que en la tierra hemos amado y deseado morir por él. Fue sabido este caso por los españoles, vecinos de la villa de San Miguel y fueron por sus cuerpos y los enterraron en su iglesia.

CAPÍTULO IX. *De tres religiosos que murieron en demanda de la conversión de los infieles y aumento de la santa fe católica*



RAY AGUSTÍN RODRÍGUEZ, LEGO NATURAL del condado de Niebla, tomó el hábito de religión en esta provincia del Santo Evangelio, donde sirvió a sus hermanos muchos años en el oficio de lego con singular ejemplo de su persona y con extremada caridad para con todos, así enfermos como sanos. Era muy penitente y hacía disciplinas muy crueles con ramales de malla; traía siempre silicio a raíz de sus carnes y era muy dado a la oración, y muy perseverante en ella. Siendo ya viejo en edad movióle el espíritu y celo de la salvación de las almas, a que pidiese licencia a sus prelados para ir a morar a la custodia de Zacatecas, que confina con los chichimecas infieles, donde siempre se hacen entradas por la predicación del Santo Evangelio y conversión de aquella gente bárbara, como de los precedentes capítulos se colige. Fuele concedida por ser muy conocido y probado su buen espíritu; y llegado a Zacatecas anduvo peregrinando algunos días por entre aquellos bárbaros, y de todos ellos recibido como ángel de paz, sin contradicción ninguna, viendo su santa simplicidad, ejemplo de vida y celo que mostraba de todo su bien. Y él, con deseo de sacar copioso fruto para Cristo de entre aquellas espinas y abrojos de infidelidad, pareciéndole que era muy poco lo que él por su sola persona podía hacer (en especial no siendo sacerdote) volvió en veces a esta provincia a pedir a los prelados, enviasen obreros a aquella viña del Señor tan inculta. Mas como por acá no sobraban los frailes, para lo mucho que había que hacer y proveer, volvíase siempre sólo el buen fray Agustín hasta que últimamente, teniendo su asiento y morada en un valle que llaman de San Bartolomé, ciertos indios, viendo el gran deseo que mostraba de descubrir nuevas gentes